

del pensamiento pueden hacer durar la Edad Media desde San Agustín y desde Boecio hasta Bacon y Descartes, es decir, durante todo el reinado del escolasticismo. Otros la prolongarían de buen grado hasta la reforma religiosa, y llamarían católicos á los siglos transcurridos desde el instante en que, á la caída del antiguo orden civil, tomó su vuelo la Iglesia, hasta que se descompuso su unidad maravillosa: esta concepción nos parece tanto más grandiosa y razonable cuanto que no se encadena á los sucesos, sino que abarca también las ideas y aún hasta las más generales, como son las religiosas.

Por lo que á nosotros hace, adhiriéndonos al mayor número, la conduciremos hasta fines del siglo xv, época en que se realizan ciertos hechos de universal importancia: aunque es verdad que el imperio de Oriente en su abyecta agonía tuvo en la civilización escasmísima influencia, deja al caer un Estado bárbaro que echa raíces en Europa, á la par que es arrojado otro por la conquista de Granada: se inventan y aún se aplican la imprenta y la pólvora: es incorporado á la corona el último gran feudo de Francia (la Bretaña): se proclama la paz pública en Alemania: con la entrada de Carlos VIII á Italia se revela la debilidad de aquel territorio, cuyas artes y costumbres difunde entre los trasalpinos, y abre una serie de guerras y de alianzas que han durado hasta nuestros días: se dobla el cabo de Buena-Esperanza: América es descubierta: nace Lutero.

Para el historiador que narra este periodo, se multiplican las dificultades, porque no tiene delante de sus ojos, como en los tiempos antiguos, una gran nación que arrastra á las demás en su impetuoso torbellino y atrae todas las miradas. Poco tiene, como en los tiempos modernos, un sistema de política al cual se refieran más ó menos los sucesos de toda la Europa. Pueblos diferentes en origen, en idioma, en intereses, se le están desparramados, desenvolviendo sus propios medios de civilización cada cual separadamente, y no ocupándose, hasta el tiempo de las guerras más que en asegurarse un establecimiento en el mundo, que entretanto talan, ensangrientan y ven con las alabardas para repartírselo en cimitarras.

Queda enmudecido los grandes historiadores, cuyo superior talento daba á la narración vida y colorido, sin que el narrador tuviera que hacer otra cosa que prevenirse contra la admiración y el resplandor que esparcían sobre las antiguas hazañas, de suerte que no dejaban distinguir de lo verdadero y lo justo; ahora de la época de vamos á tratar no poseemos más que toscas pinturas de pueblos infantiles ó compendios pesados de naciones decrepitas. Osamentas áridas. Qué poder de espíritu bastaría á gritarles:

Imprimis!

Algunas de estas crónicas y compilaciones se empeñan en desnaturalizar á las naciones nuevas

atribuyéndoles sentimientos y usos antiguos: otras se hallan compuestas en las catedrales y los monasterios, último albergue de los estudios, por monges ajenos á las revueltas de la política, y que por servir á su comunidad ó por orden de sus superiores, toman nota de los sucesos que llegan á vibrar en sus oídos, aun en el silencioso recinto del claustro. Sinceros sin duda y muy distantes de querer inducir á engaño, caen ellos en error á consecuencia de su sencillez misma. Crédulos, deslumbrados por la apariencia del momento, animados de las pasiones de sus contemporáneos ó de su corporación, sin criterio para discernir ni prevision para addivinar, inhábiles para enlazar los efectos á las causas, presentan sucesos sin trabazón ninguna, personajes que nada tienen que ver unos con otros, guerras sin detalles, revoluciones que es necesario comprender por adivinanza, una sociedad que no hay manera hábil de explicarse.

Lo que no olvidan nunca son los fenómenos físicos, los cambios de estación, los cometas, eclipses, los presagios del porvenir. Dirán el príncipe que no enriqueció su monasterio: *hizo nada*. En las circunstancias más mínimas la intervencion inmediata de la divinidad, lo les dispensa de investigar las causas naturales. «Dios lo quiso» tal es la razón que dan á los hechos más dignos de reflexión los musulmanes. preguntais como fué tan repentino el triunfo de los normandos en Inglaterra, Enrique de Hurtin responde: *MLXVI anno gratia etc., per dominator Deus de gente Anglorum quod dicitur gitaverat: genti namque Normannorum asperam callidam tradidit eos ad exterminandum*. Guillermo de Malmesbury no suministra mejores luces.

Asimismo han pasado en silencio ó han sido explicados en dos palabras muchas veces los sucesos de más importancia. En el año 756 no trae más que esta nota los Breves Anales Franceses: *Quieverunt*. En otra parte solo tiene para ello todo un año (764) la indicación siguiente: *Hiems grandis et dura*. Alfonso VI lidia contra las fuerzas reunidas de los almoravides de Africa y de los árabes de España; y los anales de Alcalá dicen de este modo: *1124 die VI, X kal. novemb. die SS. Servandi et Germani, fuit illa arrancada in Badajoz, id est Sacralias, et fuit ruptus dnus rex Adefonsus: los de Compostela: Era 1124, fuit illa dies Badejox: los de Toledo: Era 1124, arrancaron moros et rey Don Alfonso en Zagalla*. Y sin embargo se trataba de dos grandes pueblos, de dos religiones, de dos civilizaciones. Otra crónica dice: *888, perditio facta fuit in Varo per Gracos*, y esto basta para indicar el fin de la dominación griega en Bari y en Italia. Léese en una crónica milanesa: *1198, facta fuit credentia sancti Ambrosii*, sin más pormenores para mencionar aquel gran movimiento que agitó todo el siglo xiii, hizo conquistar los derechos civiles al bajo pueblo y abolió la servidumbre en los concejos italianos. Y no obstante las crónicas italianas son algo mejores,

aunque se hallan impregnadas de las pasiones del narrador y de las de su tiempo.

Aquellos que se elevan á más altura y estuvieron en situación de observar de cerca los hechos y sus secretas causas, contemplan siempre las cosas bajo el punto de vista de la creencia, de la patria, de la facción á que pertenecen, sin estudiar nunca lo que es contrario. De esta suerte los papas no veían en los mongoles de Gengis-Kan más que enemigos del islamismo, y por esto los creían cristianos. Con motivo de las expediciones á Tierra Santa cotejad las crédulas crónicas de los europeos con los declamatorios relatos de los bizantinos y con las pomposas narraciones de los asiáticos, y titubearéis mucho en creer que se trata de los mismos hechos: apenas os parecerán los emperadores de Suabia unos mismos en las crónicas alemanas y en las crónicas lombardas. Carlos de Luxemburgo, el héroe de Bohemia, es el ludibrio de los italianos. A mayor abundamiento se encuentran tan descompuestos los elementos de la historia, y aun hoy nos cuesta tanta dificultad ponerlos en armonía, que no debe causarnos asombro sino podían desempeñar tamaña tarea, escritores faltos de toda especie de medios para ilustrarse acerca de los sucesos exterior su viéndolo tanta la confusión de los interiores que es y ha sido un mero juego de una fatalidad irreflexiva que parecían adivinar el objeto de tan raras y tan dolorosas padecimientos, ni las dinastías que al fin tendrían para el mundo ban ó caían.

Cuando más se limitan á trazar la historia del pueblo con propiedad, y aun á menudo de su rey, y lo hacen, no con palabras de un sentido claro y preciso, sino con palabras vagas, elásticas, particulares, que para ellos debían representar una idea exacta, evidente, si bien para nosotros han perdido su significado.

Hasta falta á veces este debilísimo socorro. No cuenta el Occidente más historiadores que Gregorio de Tours desde la caída del imperio hasta Carlo-Magno. Yace en los archivos un montón de noticias, en algunos custodiados con estúpido celo, y en otros con mejor acuerdo se han publicado parte de ellas, que no hacen otra cosa que escitar más y más el deseo de conocer lo mucho que permanece ignorado. Además ¿cuán tenaz paciencia no se necesita para arrostrar el fastidio de recorrer tantas trivialidades tan mal escritas y peor concebidas, sin otro provecho que el de encontrar casualmente un indicio, ó la comprobación de una fecha ó de un nombre? Y cuando llegais á conseguirlo ¿de qué fuerza de imaginación y de discernimiento no habeis menester para adivinar lo que no está dicho, para penetrar en aquellas diferentes civilizaciones, para apreciarlas debidamente! De cuanto ingenio no debe estar dotado para convertir en verdades prácticas las indicaciones que se le escaparan al cronista y que no fueron comprendidas por los demás!

Pero sin estas dotes, ¿cómo aventurarse en semejante oscuridad? ¿Cómo describir la existencia de una nación vencida y sin nombre, envilecida ó temblorosa bajo la espada de los fuertes, cuyas empresas, cuyos asesinatos elogiados, cuya tiranía adulada, forman el único tema de la narración? ¿Por qué medio distinguir dos pueblos que vivieron en el mismo territorio sin mezclarse? ¿De qué manera conocer el grado en que se mezclaron, la modificación mayor ó menor que en el uno produjeron la organización y costumbres del otro, y el punto á que llegaron la arrogancia de los dominadores y la paciencia de los vencidos?

Y sin embargo, cabalmente de este conocimiento depende la esplicación de los tiempos modernos, puesto que las instituciones que hacen en la actualidad á las naciones europeas, esclavas ó libres, miserables ó venturosas, fuertes con su unión u holladas á causas de sus divisiones, se derivan inmediatamente de las de la Edad Media. Allí es donde conviene buscar los motivos de nuestro actual modo de existir, los títulos de los derechos, los obstáculos al progreso, los medios de superarlos, el arte de esplicar útilmente las doctrinas sociales que nos enseña la historia.

Si la Edad Media no ha sido justamente apreciada, no se debe achacar tanto á la escasez de documentos, como á los errores de escuela, no á los errores sociales, á los errores sistemáticos, á los errores de la crítica, que solo tenía en vista el atrabalar. Una literatura que crea la instrucción innumerable del entendimiento, que se le los individuos luego que se conocen al mundo se apiada bres de Grecia y de Roma, no emplea en el estudio exclusivo de los clásicos, ni en la más que la pura forma, puso en ridículo la reza, ó condenó por ignorancia la Edad Media se creyó dispensada de estudiarla, porque, en concepto, había hecho retroceder el espíritu humano.

Admirados los literatos de aquel magnífico orden, que, á lo menos según los libros, reinaba en medio de la magnificencia romana y de la elegancia griega, asombrados de la unidad de carácter de las antiguas civilizaciones, quedaban desvanecidos ante el movimiento de las civilizaciones modernas, en cuyo seno conservaban su carácter nacional francos, godos, vándalos, normandos, sarracenos y griegos. Al lado de las instituciones antiguas y paganas: con los monumentos romanos se elevaban monumentos bárbaros, en que se mezclaba lo trágico á lo burlesco, lo gigantesco á lo gracioso, el ángel al demonio. Era romana la literatura en las abadías, septentrional y belicosa en los castillos, nuevo y galante en las cortes de amor y en los palacios. Hallábanse reunidos todos los géneros de propiedad, toda especie de leyes, feudos, alodios, mano muerta, libre posesión, enfiteusis, derecho salico, godo, lombardo, eclesiástico, latino; todas las formas de franquicia y de servidumbre; liber-

tad aristocrática del noble, libertad individual de los sacerdotes; libertad privilegiada de las inmunidades, de los gremios, de los conventos; libertad representativa de los municipios ó concejos; esclavitud romana, esclavitud política, esclavitud del terruño, esclavitud del extranjero. Pontífices opulentos al lado de un orden sacerdotal, fervorosa en sostener que la pobreza es su derecho, y que ni aun puede llamar suyo el pan que come. Diversidades de poderes, alternativamente equilibrados ó en lucha; soberanía de los reyes; señorío de los barones; autoridad republicana de los cónsules; potestad espiritual de los obispos; destrucción y renovación; desorden y armonía; superstición y ateísmo, heregía y dogma; y todo esto mezclado, confundido á la manera que por el camino mismo y en las iglesias, se presentan á la vista magnates, caballeros, obispos, sacerdotes, monges de todas las órdenes, doctores, magistrados, miembros de cofradías, artesanos, peregrinos, aldeanos, todos con trajes diferentes en forma y color.

Al observar aquel caos con los sentimientos de la antigüedad no era posible formarse una idea real y positiva de lo que se contemplaba. Así Vico no supo ver allí más que un retroceso á la barbarie heroica preocupado como estaba con el pensamiento de reducir á la humanidad á girar dentro de un círculo fatal. Una escuela clásica quiso multiplicar las dificultades, así como los juristas del ante de sus ojos, comendian encontrar los en el na gran nación que a el usufructo, y Cicerano las apetuoso torbellino y rubio er. Catedral de Milan. Los apoco tiene, como no hacían que uno se imaginara sistema de pol. hacían que uno se imaginara s los suce. todas partes héroes romanos, Escis as en opacinas. Si por ejemplo en el Brevia- tan los borgoñones, se encontraba una dispo- que se separase del texto Teodosiano, se la amaba error de barbarie, y no modificación oportuna por haber cambiado las circunstancias. Toda frase, toda palabra, no usada por los clásicos, se denominaba barbarismo; carecía de gusto todo edificio que no correspondiera línea por línea al Partenon ó al Panteon.

Otros más ligeros creyeron indigno de sí mismos detenerse en escudriñar este conjunto de causas que tanto influyeron en los acontecimientos, no queriendo ver en ellos más que un impulso de barbarie; comprendieron mal los efectos y atribuyeron á próximos y limitados orígenes lo que provenía de vastos y lejanos manantiales; ninguno adivinó el carácter de siglos, llenos de problemas, generadores del presente. Hay más, no quisieron tomarse el trabajo de formarse una opinión con respecto á ellos y se evitó hasta la discusión que, aunque sea errónea, conduce á la verdad. Así, por efecto de observaciones tan superficiales como vulgares, se juzgó á la Edad Media con inesplicable incapacidad. Helvecio y Raynal no se dignaron examinar siquiera aquellas *tinieblas sin nombre, aquella estéril barbarie*. Montesquieu

declara *idiotas* las leyes de los bárbaros, sin exceptuar las de los visigodos. Los literatos ingleses, que llenaron un tomo de su historia universal con los milagros de Mahoma, no hablan de Carlo Magno sino en sesenta y dos páginas (1). Tiraboschi no puede comprender que la invasión de los bárbaros, las divisiones de la Italia y el sistema feudal, hayan podido tener la menor influencia sobre la literatura (2). Botta no tiene á mano sino injurias cuando se refiere á la *desenfrenada y estúpida Edad Media*. Según la opinión de Robertson, las cruzadas no fueron más que un *espléndido monumento de la locura humana* (3). Ocupado Voltaire en mofarse del género humano, en mostrarle siempre engañado y por consecuencia de esto en explicar los hechos más importantes como efecto de las más pequeñas causas, dice que *no se debe conocer la historia de aquellos tiempos sino para despreciarla*: llegado que hubo al período que Montesquieu ha llamado un momento único en la historia, el feudalismo, no dice otra cosa sino que *se ha buscado muy lejos el origen de este gobierno, y que no debe atribuirsele otro sino la antigua costumbre de todas las naciones de imponer al más débil un homenaje y un tributo* (4). Deslizase en la gran cuestión de la dignidad, que tanto importaba á la independencia de la Iglesia y á la de las conciencias, en la de no fue tal, en por una ceremonia insignifi-

ante (5). Pero cómo, año 800, de la libertad contra los opresores, cuando el mismo no había dicho en otra parte que en la Edad Media el papado era la opinión? Es que, por el derecho de exámen, aquellos filósofos se creían dispensados de examinar y negaban el título de libre pensador á los que querían instruirse antes de juzgar. Ideas mezquinas á las cuales los pedantes radores de lo pasado juran aun fe, sobre todo entre los italianos, ya sea por veneración á sus antepasados, más grandes que virtuosos, y cuyas maldades pesan sobre la negligente posteridad y pesarán hasta que se hayan cumplido el justo juicio y la preparacion que Dios hace en el abismo de su consejo, ya porque en aquel país existen aun ciertas instituciones que fueron abusos, pero que se complacen en creer inherentes al poder que prevaleció en aquellas épocas.

Y precisamente los sentimientos religiosos han servido de estorbo para apreciar con justicia á la Edad Media. Era una época de creencia y de grande unidad, que no podría comprender aquel que no conociese cuan identificada estuvo entonces la sociedad con el pueblo y con la Iglesia. Esta, obstáculo en un principio para los gobiernos

(1) Lib. LXV, de la edicion de Paris, págs. 24-86.
 (2) *Historia de la literatura italiana*, lib. II, cap. 1.
 (3) *History of the reing of Charles the fifth*.
 (4) *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 33.
 (5) *Id.*, cap. 46.

bárbaros, se unió después á la sociedad feudal para modificarla y corregirla, esparciendo su aliento vivificador en aquel informe caos, levantando el grosero instinto de un conjunto desordenado hasta la sublime personalidad de una asociación razonable y benévola. Cambiaron los tiempos, lo que entonces era oportuno é iniciador pudo hacerse lo contrario; pero, combatiéndolo, se echó en olvido el saber distinguir las épocas y los hombres.

Habíase empezado ya á despreciar á la Edad Media, cuando los estudios clásicos renacieron en Europa; entonces el entusiasmo de un descubrimiento, y la admiración de formas tan superiores al todo lo que se tenía á la vista, hicieron revivir, en el aspecto de los autores resucitados, una idolatría que alcanzaba á su patria y á sus instituciones. Un zigzag de retóricos, arrojados de la conquistada Grecia, se esparció en los países occidentales para predicar en ellos la sola cosa de que tenían conocimiento, el culto de la antigüedad, convirtiéndose los ánimos hasta el punto de descuidar y olvidar todo lo que no emanaba de ella.

Para robustecer el desprecio de la Edad Media, sobrevino la Reforma en el momento en que los estudios no comprendían á la antigüedad en su conjunto, para considerar á cada cosa en su verdadero punto de vista y en sus relaciones con la historia del mundo. Además de que la atención no se fijaba sino en los griegos y romanos, el odio hacia las instituciones católicas impedía que se conociese su oportunidad. De este modo Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III y Gregorio IX parecieron solo fanáticos ó impostores, ocupados únicamente en aprovecharse de la ignorancia y de la superstición, y se llamó ignorancia y superstición á todas las cosas que se hacían en la Edad Media.

El siglo pasado, el objeto de la *Handbuch der germanischen Schriftstellern* de derecho de aspirar. de su nacimiento y independencia el desprecio juzgó libre pensador á enemigo, no solo del católico del cristianismo.

WATTEMBACCHUS *Deutschland* acontece comunmente, era ale. *big zur Mitte des XIa*, queriendo los príncipes para facilitar el estudio á falta de otro. Para destruir de la que ya no existía sino una *se infimis* atacó en el momento en que servía *media et infima* eficaz contrapeso al poder de los señores. Glosaban la debilidad del pobre *supplementus* del clero. Insignes escritores cat. G. ADELUNG, ociendo y calumniando el ministerio *infima latinis* en sus relaciones con su siglo y en el poder temporal, hicieron aun más *g. 1729*. *antiquis* inteligencia de los tiempos en que *dom. diplomat.* autoridad pontificia.

Contribuyó á aumentar la confusión el hábito de juzgar las cosas pasadas por el espectáculo que presentan las actuales. Es harto difícil al hombre desembarazarse del círculo que le trazan sus costumbres; y si una ingeniosa mentira llega á persuadirle que se han visto habitantes en la luna, al momento los acomoda á su modelo, y les atribuye nuestras artes y usos. ¿Cómo, pues, unos siglos cuyo carácter es la medianía, la nivelación, han de formar juicios acertados acerca de épocas y de hombres extraordinarios? ¿Por ventura el que atiende solamente á la elegancia y urbanidad de las costumbres, á los refinamientos del lujo y al bienestar de la vida, puede encontrar en la Edad Media otra cosa más que depravación é infortunio? Y verdaderamente, si la gloria y la prosperidad de un siglo se midiesen por el número de los instrumentos que existen para perfeccionar y hermosear la vida, ¿cuál aventajaría al nuestro, enriquecido como se halla con la herencia de todos los precedentes? Pero la gloria consiste en la manera de emplear tales medios y en el objeto á que se dirigen: admírese cuanto se quiera nuestra época; pero enumérese entre sus mayores ventajas, la de poder apreciar mejor y con más justicia el mérito de las pasadas edades.

Preocupados los ánimos, como lo estaban en el siglo pasado, de la organización monárquica, no podían comprender la autoridad fraccionada entre los feudatarios y las municipalidades, contrabalanceada por un poder inerme y por los innumerales privilegios de las corporaciones y de los individuos. Así como un decrepito anciano se apiada del niño vivo é inquieto, que por satisfacer la necesidad de movimiento y de acción, emplea en correr y saltar la superabundancia de sus fuerzas; del mismo modo una generación para la cual la suprema felicidad es el no hacer nada, el conservar el orden, y por orden se entiende lo que no hace ruido, que impide tener miedo, que no turba ni á la virtud ni al vicio, ni al oprimido ni al opresor, tal generación, decimos, no puede menos de deplorar sumamente las tempestades del progreso y de la libertad, los debates en el consejo, los tumultos en las plazas, las batallas en los campos, en las escuelas y en las iglesias. Pero no, la agitación no es la desgracia; el movimiento es la vida, y la inercia la muerte; y en los tiempos en que nada parece imposible al que cree y quiere con voluntad firme, hasta las ambiciones redundan frecuentemente en provecho social. En esta época todo se ensayó, porque todo era desconocido: yendo en pos de un estado mejor de que no se tenía conocimiento, se hicieron numerosos experimentos, se creó, se inventó, se buseó algún orden en medio de la disolución general.

No se obraba así por motivos razonados ni por cálculos de interés, sino por inspiración y movimiento espontáneo: existía la vida pública en el sentimiento. En el día todo se ha escluido para dejar reinar á la opinión, ya mandada, ya imitado-

ra. En lugar de un egoísmo reflexivo, una generosidad general impelia á los ciudadanos de comun acuerdo á echar los cimientos de las catedrales, cuya bóveda apenas podrian poner sus nietos. Impelido por el amor del prójimo, corría el caballero á esponer su vida para proteger la inocencia ó el honor de personas desconocidas; y toda Europa se precipitaba sobre el Asia, no por orden de un rey, sino espontáneamente, para verter su sangre y con ella economizar la de generaciones enteras.

No cabe penetrar en tiempos semejantes sin despojarse completamente de los hábitos de nuestro siglo, sumido todo entre libros, metales, guarismos, alambiques, y cadáveres. Jamás podrá comprender un orden de cosas, que lo dejaba todo á las fuerzas particulares, el partidario de las instituciones modernas, que dan su direccion á cada movimiento, y hacen propender las fuerzas de cada cual á un solo punto: ya son príncipes que quieren cambiar su feudal primacia en dominio, y reemplazar la gerarquía de las tierras con la gerarquía de las personas; ya barones que aspiran á incorporar en su feudo el del vecino; ya municipios ó concejos que reclaman franquicias; mercaderes que especulan con nuevas industrias; caballeros que van en busca de aventuras; sacerdotes deseosos de adelantar en la gerarquía; teólogos que fuerzan á Aristóteles á apoyar la doctrina de Cristo; misioneros en fin, que llevan á los bárbaros la fe y la civilización. En los torneos se combate con las armas, con los sofismas helénicos en las escuelas. Parase el fraile descalzo á la puerta del baron para predicar contra la corrupcion y contra el lujo, y es alternativamente recompensado á palos ó con limosnas: presentábase también allí el alegre trovador, y danzando con las plumas de pavon flotantes en su birrete de color carmesí, cantando á las hermosas y á los valientes sátiras ó alabanzas, obtiene las liberalidades del señor y el amor de las damas.

Así, pues, la ignorancia que se tenía respecto de aquella época por la escasez de noticias ó por negligencia en examinar las que existian, la acritud contra el poder espiritual que constituía su vida, y la satisfaccion vanidosa de la superioridad de los tiempos modernos, todo propendia á hacer creer que una violenta opresion fué el único carácter de la vida civil y religiosa de la Edad Media, en que solo la arbitrariedad podia haber reinado. Hé aquí la razon porque al paso que habia multitud de escritores para la historia antigua, habia poquísimos que se ocuparan en la historia de los siglos intermedios, y aun estos solo hacian allí alto con la precipitacion del fastidio. Las historias universales pasaban por ella de corrida; además de que titulándose historias universales las que por lo general no eran sino meras colecciones de historias particulares, debian resultar defectuosas al querer pintar una edad que no se comprende si el golpe de vista filosófico no abraza y unifica todo cuanto interesa á la humanidad.

Ninguna época fué tan descrita como la Edad Media con ayuda de lugares comunes. Deplóranse las tinieblas que se aglomeran sobre el mundo: son derribados los arcos de triunfo y los templos, el cetro del mundo se escapa de las manos de la reina del Tiber, asustan á las Musas los abullidos de los bárbaros, las cimitarras de los vencedores y la cobardía de los vencidos: hé aquí las frases que poetas y prosistas se disputaron á competencia, y que se presentan á la pluma cuando carece la mente de pensamientos, y que prestan tan buen servicio á los que no necesitan comprender, agréguese á estas algunas espresiones vagas, por ejemplo: *En aquella época; en la Edad Media; en los siglos de tinieblas*, como si el estado de la sociedad hubiera continuado sin cambiar en nada desde Augustulo hasta Rodolfo de Habsburgo, cuando al revés, se sucedieron con gran frecuencia las revoluciones, ó mejor dicho, no hubo más que una revolucion no interrumpida. También desfiguraron mucho la fisonomía de las narraciones ciertas fórmulas abstractas de nuestro tiempo que carecian de significado en la Edad Media, ó tenían uno diferente; *las prerogativas de la corona, los derechos de sucesion, la legítima herencia del trono*, espresiones heterogéneas, pertenecientes á otros tiempos y á condiciones civiles muy diversas.

Si se añade á esto la pretendida gravedad histórica, que, desechando los detalles siempre que tuvieran algo de plebeyos, obligaba á esponerlo todo en magistral estilo, fastuosamente inhábil para representar una sociedad de elementos tan variados; por poco que se agregue del mismo modo una alusion sobre las supersticiones de los frailes, algunos sarcasmos contra el clero libertino y belicoso, alguna invectiva contra los ambiciosos pontífices que no permitian á los reyes proceder en todo á su albedrio, tendreis formada una de las historias usuales de la Edad Media.

A fin de que el cuadro alcance sus justas proporciones y el efecto apetecido, conviene que el año 1000 vaya gradualmente anublándose. Entonces y nada más que entonces delatará á apuntar la luz lentamente. Es de modo que la bárbara patria de Dante y de Petrarca, al gusto de las letras, movida por aquellos pedantes que huyen de las impotentes escenas de Constantinopla. Nadie debe haber tocado el cel hasta Cimabué, ni merecido el menor elogio como autor de los primeros ensayos, hasta que para facilitar el estudio de los monumentos: la proteccion de algun príncipe favorece á la pintura y crea á Miguel Angel y á Rafael. Deben haber perdido los italianos toda memoria de las leyes á que antiguamente se sujetaron, que en el saqueo de una ciudad se encuentran *Pandectas*, que enseñada son enseñadas en pedras, aplicadas á la sociedad, y reveladas al mundo. Aun mas, no debe haberse escrito en aquella época sino una gerigonza, con el objeto de que, lanzándose con nerva armada del cerebro de Júpiter, sur-

lengua vulgar, virgen admirable, para describir todo el universo.

No faltaron sin embargo espíritus ilustrados para aplicar una doctrina seria á la historia de la Edad Media. Y nosotros los italianos, que después nos hemos dejado adelantar por los demás, nosotros motejados de idolatria clásica, hemos sido los primeros, ó del número de los primeros, en volver á dar á luz los documentos de aquel tiempo y en hacer buen uso de ellos (6). Redactó el cardenal

(6) Los materiales históricos de aquella época son tan abundantes como confusos, y en su mayor parte estan sin explorar. Pueden encontrarse indicados en:

HANKIUS.—*De byzantinorum rerum scriptoribus*. Leipzig, 1677.—*De scriptoribus Poloniae et Prussiae historicorum virtutibus et vitis*. Colonia, 1723.

LE LONG.—*Bibliotheca historica de Francia, aumentada por Ferrette de Pontelle*. Paris, 1768.

W. NICHOLSON.—*The english, scottish and irish historical library*. Londres, 1776.

J. A. FABRICIUS.—*Bibliotheca latina mediae et infimae latinitatis. Opus recensum studio J. D. Mansi*. Padua, 1754.

M. FREHERUS.—*Directorium historicorum medii potissimum aevi, recognovit et censuit. G. C. Hambergerus*. Gottinga, 1772.

N. ANT. HISPALENSIS.—*Bibliotheca hispana vetus et novae curante F. B. Bagesio*. Madrid, 1783.

NELIS.—*Rerum belgarum prodromus, sive de historia belgica, ejusque scriptoribus praecipuis commentatio*. Amberes, 1790.

C. W. WARMHOLZ.—*Bibliotheca historica suo gothica*. Estokolmo y Upsal, 1782-1803.

B. G. STRUVIUS.—*Bibliotheca historica, aucta a C. G. Budero y J. G. Meuselio*. Leipzig, 1782-1802.

J. G. BUHLE.—*Versuch einer kritischen Litteratur der russischen Gesch.* Moscou, 1810.

C. F. DE SCHNURVER.—*Bibliotheca arabica*. Halle, 1811.

G. L. BADEN.—*Dansk norsk historik bibliotek*. Odensea, 1815.

F. V. RAUMER.—*Handbuch merkwürdiger Stellen aus den lateinischen Schriftstellern des Mittelalters*. Breslau, 1813.

DAHLMANN.—*Quellenkunde der Deutschen Gesch.* Gottinga, 1830.

ULYSSE CHEVALIER.—*Repertorio de las fuentes históricas de la Edad Media*. Paris, 1877.

POTTMAST.—*Bibliotheca historica medii aevi. Wegweiser durch die Geschichtswerk des Europäischen Mittelalters von 1025-1500*. Berlin, 1862.

WATTEMBACH.—*Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter bis zur Mitte des XIII Jahrhunderts*, 2 tomos. El primero con la 5.ª edición (1885).

Para facilitar el estudio de los monumentos: ABILLON.—*Leçon diplomatique*. Paris, 1681.

DU FRESNE.—*Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*. Leida, 1688.—*Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*. Basilea, 1678.

LOS SCIENTIER.—*Glossarium novum ad scriptores medii aevi*. Supplem. ad Cangii Glossarium. Paris, 1766.

cat G. ADELUNG.—*Glossarium manuale ad scriptores medii aevi infimae latinitatis*. Halle, 1772-1783.

THAUS.—*Calendarium medii aevi, praecipue germanici*. 3. 1729.—*Chronicon gothicense, Prodrum, sive de antiquis mss., et de imperatorum et regum germaniae diplomatibus*. Jegersee, 1732.

Baronio con gran inteligencia y un valor á toda prueba los *Anales de la Iglesia* que entonces eran los del mundo, y aprovechó los documentos del Vaticano: publicó además muchos de aquellos documentos con profunda erudicion, saber enciclopédico y tal método, claridad y precision que se ha reconocido hasta por sus adversarios. Por eso el protestante Escaligero le admiró y Fleury se sirvió de él continuamente, aunque para deducir consecuencias muy distintas. Señalados fueron por los criticos católicos Pagé y Manso, antes que por ninguno otro, los errores que cometiera.

Continúole con el mismo juicio y más credulidad Orderico Raynaldi, para tiempos menos ignorantes y que más abundaban en pruebas históricas. Esta es la causa por la cual la obra de aquellos dos escritores, ha formado el más rico repertorio y la mejor historia de la Edad Media.

Es necesario descender después de ellos hasta Muratori. Consagró, dice Manzoni, largas vigilias, y nada materiales por cierto, á recoger y pasar por el crisol de la crítica las noticias sobre esta época. Explorador infatigable, juez circunspecto, editor liberalísimo de memorias de todas clases; analista siempre diligente, venturoso con frecuencia en reconocer los hechos, en desechar las fábulas más acreditadas en su tiempo y en indicar las causas próximas y especiales de los acontecimientos; colector atento de los pasajes esparcidos en los documentos de la Edad Media y propios para dar una idea de las costumbres y de las instituciones á la sazón vigentes, resolvió y presentó tantas cuestiones, segregó en tanto número las inútiles y ociosas, y allanó el camino á tantas otras nuevas, que se encuentra y debe encontrarse de continuo su nombre del mismo modo que sus descubrimientos en los escritos posteriores que tratan de la época á que aludimos.

Sin embargo en sus *Antigüedades de la Edad Media* (7) desmenuzó lo que no podia tener ningun

LACOMBE.—*Diccionario del antiguo idioma francés* (desde el siglo IX hasta el XV). Paris, 1766, y con el suplemento de 1767.

J. IHRE.—*Glossarium sive gothicum*. Upsal, 1769.

E. LYE Y MANNING.—*Dict. saxonicum y gothico-latinum*. Londres, 1772.

SCHERZIUS.—*Gloss. germ. medii aevi, cura J. J. Oberlini*. Argentorati, 1781.

MAFFEI ESCIPIONO.—*Historia diplomática*. Verona, 1727.

A. PILGRAM.—*Calendarium chronologium medii potissimum aevi monumentis accommodatum*. Viena, 1781.

G. F. ROESLER.—*De annalium medii aevi varii conditione*. Tubinga, 1788. *De arte critica in annales medii aevi diligentius exercenda*. Id., 1789. *De annalium medii aevi interpretatione*. Id., 1793.

BIOERN HAMBORSON.—*Lex islandico-latino-danicum*. Copenhagen, 1814.

DOM CLEMENT.—*Arte de comprobar las fechas de hechos históricos*. (nueva edicion de Saint-Allais). Paris.

(7) *Rerum italicarum scriptores ab a. D. 500 ad 1500 quorum potissima pars nunc primun in lucem prodit*, 28

significado sino por medio de la unidad y de la armonía. En sus *Anales*, aun prescindiendo de la vulgaridad de la exposición (8) clasificó los acontecimientos año por año, interrumpiéndolos y volviendo a tratar de ellos sin ninguna idea grande y haciendo casi imposible formar un pensamiento general de su conjunto. Además, por haberse limitado a la historia italiana, se privó de sacar de las extranjeras algunas noticias que le hubieran ilustrado; de donde resulta que sus aplicaciones no fueron siempre exactas, y que á veces vió las cosas de una manera demasiado estrecha. Pero su juicio recto suplía á menudo por la erudición que le falta, de modo que aparece más bien escaso de conocimientos que falaz.

Colocamos á su lado á Escipion Maffei, quien, partiendo de los intereses municipales á altas consideraciones generales, supo arrostrar en su *Historia de Verona* las preocupaciones de su tiempo y decir cosas, ya que no nuevas, á lo menos poco conocidas, sobre el número de los pueblos invasores, sobre la índole de sus gobiernos y sobre el origen de las lenguas vulgares.

Fuera de Italia, la erudición tan inmensa como exacta de Du Cange, espuesta como se halla bajo la forma de diccionario, puede servir á los doctos, aunque con poco provecho del mayor número. En general los que acometieron la empresa de esclarecer una parte ó la totalidad de la Edad Media, como Tillemont, Ameilhon, Le Beau, Pagi, Eckhel, Bouquet, se vieron abrumados bajo aquella mole de cosas. Atentos á sacar los hechos de la oscuridad descuidaron las ideas.

¿Lograron mejor éxito los que se aplicaron á la investigación de las ideas?

El odio y no el amor impulsó á meditar sobre la Edad Media á los que se proclamaban á sí propios escritores filosóficos en el siglo pasado. Habiales trazado la senda Maquiavelo, quien se les anticipó en el tiempo, así como les dejó muy atrás

tomos en folio. Milan, 1723-1751: *Antiquitates italicae medii aevi*, 6 tomos en folio. Milan, 1738-1743: *Disertaciones sobre las antigüedades italianas*, 3 tomos en cuarto. Milan, 1751 (traducción de la obra precedente, sin los documentos): *Anales de Italia*, 18 tomos en octavo. Milan, 1753-1756: *De las antigüedades estensas é italianas*, 2 tomos en folio. Módena, 1717-1740.

(8) Sereno empezó á querer acortar la capa pluvial á Donato, 719. Pero era una gran confusión el tener que correr detrás de estos, 722. No sabían cómo digerir el tener por señor á un emperador impio, 728. Se volvió á Roma por miedo á la piel, 731. Se embrollaron no poco en este año los asuntos de Italia, 740. Camina á carrera abierta el celoso grito del papa, 770. Viendo el rey Carlos que aquella ciudad era un hueso duro de roer, 773. Lo que manipularon de consuno el papa Juan y Boson, se ve por... 878. La armada veneciana le dió un día una buena zurra, 1509. Los enfurecidos aldeanos no anduvieron lentos en hacer uso de las garras, *id.* Federico, en cuanto de él dependía, hubiera reducido al papa á llevar la capa pluvial de bombasi, 1239.

en el poder de la inteligencia. En su introducción á las *Historias florentinas*, se elevó sobre los detalles de los hechos para buscar generalidades y pintó ó á los menos bosquejó un célebre cuadro de la Edad Media. Pero fuerza es confesarlo, con permiso de sus admiradores y de la complacencia patria, su vista se desvaneció en aquel caos, en que no consigue establecer orden ninguno: faltándole hasta la necesaria erudición, y le preocupa la política de tal modo que, viviendo en la ciudad más civilizada de los tiempos intermedios, no dice una sola palabra de las letras y de las bellas artes. Solo nombra á Dante para referir como dió á la *señoría* el consejo de armar al pueblo contra los Negros; de tal manera separa la vida del pensamiento de la del Estado. Totalmente pagano bajo este aspecto, animado por el deseo de toda alma generosa, la independencia de Italia, quiere llegar á ella por cualesquiera medios, aun cuando sean inmorales, tales como aquellos de que se sirvieron los extranjeros para avasallarla: no conoce más que la sociedad civil antigua sin tener idea de la que se le asocia entre los modernos, y que sirve de fundamentos á las leyes y al derecho.

Guillermo Robertson le tomó por modelo en la *Introducción á la vida de Carlos Quinto*. Más rico de materiales, comprendiendo como las demás ciencias deben venir en auxilio de la historia, ensanchó su cuadro; pero demasiado idólatra también de la forma, según los hábitos de la escuela, llegó á sacrificarla el fondo. Todo lo que en aquellos siglos robustos se presentaba á sus ojos como enérgico y característico, hizo que se ajustara por fuerza á aquel lecho de Procusto que se había construido. Este error disminuye, aunque no alcanza á quitarle el mérito de haber reunido en grandes masas sucesos esparcidos, y de haber señalado los que más contribuyeron á cambiar la faz del mundo. Es verdad, que su espíritu sistemático le arrastraba á generalizarlos demasiado, á omitir ciertos pormenores que comunican animación á los contornos, y explican á veces los grandes acontecimientos: amante más que de nada de las libertades de que su país disfrutaba, censura los tiempos en que no estaba aun terminado el edificio social, sin reflexionar que cabalmente fué entonces cuando se echaron sus cimientos y se preparó su grandeza.

Redunda en honor de Montesquieu el relevante mérito de haber indicado los vicios que existen entre la legislación y la historia; ^{enunciando esta} con aquella, y haber fijado la atención en lo que contribuye, más que la prudencia política y el nombre y la bondad personal de los príncipes, á la ventura ó desgracia de los pueblos, por rozarse con sus intereses más preciosos é inmediatos. Pero no observa al hombre sino bajo el aspecto de las instituciones políticas: además, muchas cosas se ignoraban en su tiempo, ateniéndose en otro gran número de ellas, á las relaciones de los viajeros que primero le vinieron á la mano, sin examinar si sus juicios eran exactos y si habían dicho la verdad, ni aco-

modarlas á la índole de cada tiempo y nación. Los mismos sistemas que planteó, y los métodos que puso en uso, enseñaron á conocer sus flacos y sus errores. Establecieron teorías nuevas y trastornaron y corrigieron las doctrinas de Montesquieu así como las de Hume, Robertson y Giannone, con respecto á la legislación alemana, Moser, Eichorn, Meyer, Grimm, etc.; con referencia á la legislación francesa; Sismondi, Montlosier, Bernardi, etc., y á la italiana, Savigny, Leo, Troya, etc.

Hume, á quien acabamos de nombrar, en el principio de su historia de Inglaterra habla de la constitución de la Edad Media, con una elegancia que degenera en monotonía. Para incensar á los enciclopedistas, dispensadores en aquella época de la celebridad y de la gloria, usa con demasiada frecuencia del arma del sarcasmo y del desden. De esta manera se ahorra el trabajo de reflexionar. Muéstrase incrédulo en materia de generosidad, lo cual no le permite comprender la libertad sino bajo ciertas formas. Dotado de razón y no de imaginación, escéptico en historia y filosofía, é independientemente de su parcialidad tan evidente como lamentable, se equivoca completamente respecto á los tiempos anglo-sajones; cree formada y perfecta la constitución inglesa desde el momento de su nacimiento, suprimiendo de esta suerte el interesante espectáculo de un pueblo que va adquiriendo sus franquicias por grados. ¿Qué socorro puede, pues, prestar para poder apreciar las instituciones de los demás países?

Escribe el napolitano Giannone bajo la influencia de una idea preestablecida, inclinándose á emancipar á sus reyes de la tutela pontifical, destruyendo lo que ellos llamaban armas de la Iglesia, armas que habían sido por lo común para los pueblos un escudo contra el poder absoluto; recopila como abogado que era, lo que sirve al fin que se propone, sin hacer ninguna diferencia entre diversas épocas. Era, pues, tan fácil refutarle, como fué vergonzoso é infame perseguirle.

No puedo dejar de notar con respecto á él y á los demás escritores que han tratado de la supremacía de la Santa Sede sobre los reyes, cuán desfigurada se encuentra la historia, cuando se la circunscribe á los límites de un territorio! No se deja entonces conocer la influencia que han ejercido sobre un país los acontecimientos de todo el mundo y se da cierto aire de intriga ó capricho á actos á los cuales fué impulsado un hombre ó un pueblo por las ideas y las necesidades de su tiempo. ¿Podemos nosotros esperar que alguno de aquellos errores será corregido por una constante atención en seguir, como nosotros lo hacemos en este trabajo, cada acontecimiento en sus relaciones con toda su época y con todos los pueblos contemporáneos?

Hasta que llegue para nosotros la hora en que seamos juzgados sin pasión, prosigamos en el examen de los escritores que nos han precedido. Hallam, en su *Ojeada sobre el estado de la Europa durante la Edad Media*, tiene el mérito de seguir

en cada país el desarrollo de las constituciones, más que las guerras y los trastornos; pero aunque, sobre todo de su país, conozca los documentos y las leyes, las separa de las circunstancias que las hicieron nacer; jamás se dirige su mirada al pueblo: tampoco comprende bien la organización feudal en toda Europa, ni la de los municipios, que aparecen sin saber cómo, y se alteran sin que se conozca la causa (9); este es no obstante un efecto muy natural en todo el que olvidando los pueblos, no considera más que los gobiernos. Nunca profundiza el estado social, cuyas revoluciones determinan el cambio de las leyes. No para mientes en cuestiones de gran importancia; rico de una erudición postiza, se contenta á menudo con aquellas generalidades que no exigen pruebas y no contrarian ninguna opinión; siempre hostil á la Iglesia católica, no comprende la unidad que esta daba al mundo europeo. No vé en los pontífices más que arrogancia y usurpaciones, como hubiera podido hacerse en el siglo pasado. Lo que también disminuye la confianza que se le pudiera conceder, es el no verle someter jamás los historiadores á la crítica; y que trabaja con libros de segunda mano juzgando inútil recurrir por sí mismo á las fuentes, *porque este estudio es menos provechoso para proporcionar la certidumbre de simples hechos que para conocer el carácter de los tiempos en que se han verificado; porque en fin, este estudio no podría ser el de un mero compilador* (10).

Con sentimiento de afecto como amigo, y de respeto como discípulo, nombro á Sismondi. Al describir nuestras repúblicas italianas y las vicisitudes de la Francia, exploró la Edad Media y contempló con deleite y cariño á los antecesores de los presentes italianos, encontrando virtudes patrióticas y republicanas donde menos se hubiera esperado. Creyó no obstante que bastaba abrir la historia de aquellas repúblicas en los tiempos de Oton el Grande, y consideró como una concesión soberana, ó una conquista repentina, las franquicias que, procediendo de una serie de antecedentes sucesos, eran el fruto de largos padecimientos, de resistencias minuciosas y de tradiciones no interrumpidas en un pueblo que todo lo había perdido excepto los recuerdos. Impidieronle además las antipatías religiosas reconocer la gran armonía producida en Europa por la unidad católica; algunas veces le hacen también separarse de aque-

(9) «Accionados por lo general los bárbaros á las antiguas costumbres sin desear nada mejor, dejaban á los indígenas el goce tranquilo de sus instituciones civiles.»

«La única ciudad del Piamonte que en el siglo XIII mereció considerarse como Estado distinto, era Verceci, y aun en ésta parece que la soberanía temporal estuvo hasta cierto punto en manos del obispo.» «No se puede hablar de una manera exacta del gobierno de las repúblicas italianas en los siglos XII y XIII.»

(10) Nota 1 al capítulo primero.